

COLECCIÓN VIRTUS

CEGÓ SUS OJOS **(JN 12,40)**

EL JUICIO PROPIO

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.



EDIVE

San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2011

*«Post cogitationes enim nostras ibimus»
Iremos detrás de nuestros pensamientos
(Jer 18,12)*

Juicio propio designa el apego desordenado al propio parecer, a la propia opinión y al propio consejo. El juicio propio, si bien está en el fondo de todos los vicios de la inteligencia, no se confunde con ellos. Por eso se distingue de los demás defectos intelectuales, como, por ejemplo:

1º De la curiosidad, que se opone a la estudiosidad. Es un defecto de nuestro espíritu (hija de la acedia) que nos lleva, con demasiada solicitud y precipitación, a entretenernos y considerar cosas inútiles, olvidándonos de Dios y de nuestra salvación¹.

2º De la necedad, que se opone a la sabiduría, juzgando de todo, incluso de las cosas más elevadas, con criterios mundanos².

3º De la ignorancia, que se opone a la ciencia, y es carencia de conocimiento en un sujeto capaz y obligado a poseerlo.

4º Del embotamiento (*haebetudo mentis*) que se opone a la agudeza y al don de entendimiento, y es un defecto de la mente por el cual ésta no puede penetrar lo íntimo de las cosas.

5º Más estrechamente se relaciona con la ceguera de la mente (*caecitas mentis*) como la causa con el efecto.

Es, pues, algo distinto: consiste en el apegarse al dictamen o juicio de la propia razón (opinión) por encima o en contra del parecer de otros, por motivos sin peso (que pueden ser reducidos a motivos pasionales).

¹ II-II, 35, 4, ad 3.

² II-II, 46.

Podemos distinguir dos modos: el negativo y el positivo.

Juicio propio negativo: es el que se da en los que son cortos de entendimiento y, consecuentemente, faltos de prudencia. Estos no tienen la suficiente inteligencia como para discernir sus propios pareceres. No saben dudar de sí mismos. Su “cortedad” hace de atenuante a sus yerros. De todos modos, estas mismas personas, creciendo en humildad, pueden dejarse iluminar por otros.

Juicio propio positivo: tiene por causa la soberbia intelectual. La soberbia intelectual puede tener por objeto dos cosas diversas: la propia inteligencia (es decir, el nivel intelectual o científico que una persona posee) o los juicios de la inteligencia (es decir, las apreciaciones propias, los puntos de vista y consejos propios, los propios dictámenes, las propias convicciones). A esto segundo llamamos “juicio propio” y tiene por raíz la soberbia y la terquedad o pertinacia.

1. Caracterización

El juicio propio “nos da tal confianza en nuestra razón y propio juicio que ya no nos agrada consultar a los demás, especialmente a nuestros superiores, ni buscar luz mediante el atento y discreto examen de las razones que contradicen nuestra manera de ser. Tal conducta nos hace cometer graves imprudencias que se expían dolorosamente. Nos hace también cometer grandes faltas de caridad en las discusiones, tener terquedad en los juicios, y desechar todo aquello que no cuadra con nuestra manera de ver. Tal conducta podría llevarnos a negar a los demás la libertad que reclamamos para nuestras opiniones, a no someternos, sino en parte y de mal talante, a la dirección del supremo Pastor, y aun a atenuar y rebajar los dogmas, con pretexto de explicarlos mejor que lo que se ha hecho hasta ahora”³.

Puede llevarnos a oponer nuestros juicios a los juicios de Dios. Por eso el Profeta Isaías nos advierte, en nombre de Dios, que nuestros pensamientos y los divinos pueden ser muy distintos: *Deje el malo su camino, el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Yahveh... Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos –oráculo de Yahveh–. Porque cuanto aventa-*

³ Garrigou-Lagrange, *Las tres edades de la vida interior*; Palabra, Madrid 1982, I, p. 412.

jan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros (Is 55,7-9).

Algunos ejemplos...

Ejemplos típicos de “juicio propio” son:

- el que nunca pide consejo a quien sabe más que él
- el que pide consejo teniendo las decisiones ya tomadas
- el que desprecia la dirección espiritual o es negligente para hacerla
- el que desprecia el consejo ajeno
- el que no acepta de buen grado las correcciones
- el que discute (al menos interiormente) las órdenes de los superiores
- el que defiende con terquedad sus opiniones en cosas discutibles⁴
- el que no cambia sus puntos de vista cuando le demuestran sus errores
- el que subjetiviza todo, juzgando desde una perspectiva parcializada
- el que forma sus juicios a partir de las pasiones que lo dominan
- el que toma decisiones sin desafectarse de los gustos o miedos que lo condicionan (típico caso es la “elección de estado” o “vocación” realizada cuando aún “el ojo de nuestra intención” no es “simple”, es decir, no cuando es elegida puramente para alcanzar el fin para el que hemos sido creados y “ordenando [y] trayendo el fin al medio” sino trayendo “el medio al fin”⁵)
- el que San Ignacio caracteriza como “voluntad de segundo binario” que hace su propio parecer, pero tratando de convencerse de que eso es lo que Dios quiere: “de manera que así venga Dios donde él quiere, y no determina de dejar [la cosa a la que está apegado] para ir a Dios”⁶; etc.

⁴ Por defensa “terca” me refiero a quien no tiene argumentos racionales claros y seguros; en cambio, no puede calificarse de juicio propio a quien demuestra su posición con una argumentación rigurosa y serena, incluso si se trata de cuestiones opinables. Pero aún en este último caso, quien no tiene juicio propio se manifiesta en que está dispuesto verdaderamente a cambiar de opinión cuando se le demuestran sus errores.

⁵ San Ignacio, *Ejercicios Espirituales* [en adelante: EE], n. 169.

⁶ San Ignacio, EE, n. 154.

El juicio propio y la pertinacia

El juicio propio se relaciona con la “pertinacia”. La pertinacia es un vicio que falsifica o desfigura la perseverancia. Es una falsa perseverancia, que aplica la tenacidad de la voluntad a lo que no tiene que aplicarla. La perseverancia nos inclina a persistir en el ejercicio del bien; la pertinacia nos hace porfiar y obstinarnos en una opinión cuando hay razones autorizadas para dudar de ella. Santo Tomás define al pertinaz, con San Isidoro, como “el que mantiene su opinión con impudor”; también “el que pretende llevar la razón en todo”⁷.

Por esto Aristóteles llamaba a este tipo de juicio *ischyrognomones*, que quiere decir, “de juicio fuerte”, o también *idiognomones*, es decir, “de juicio o sentencia propia”⁸. Santo Tomás, siguiendo al Filósofo, hace una interesante observación al respecto. Señala la diferencia entre el pertinaz y el virtuoso. El virtuoso no cambia de opinión cuando lo asalta la concupiscencia, pero lo hace cuando es persuadido por razones convincentes; en cambio, el pertinaz o terco no abandona su parecer, por más pruebas que se le den en contra, mientras que se deja convencer por las concupiscencias. “Muchos de estos, añade, son arrastrados por los deleites más allá de lo que permite la razón, y son dignos de vituperio, pues, rebeldes a la razón, se dejan esclavizar por la pasión”⁹.

El juicio propio y su raíz pasional

Hemos dicho que el juicio propio tiene una raíz pasional. En efecto, cuando Santo Tomás habla de la influencia que la pasión ejerce sobre la inteligencia y la voluntad, indica que uno de sus efectos propios es el **arrastrar** el juicio y aplicarlo a la justificación de la referida pasión. Es una influencia que se ejerce desde el objeto de la pasión. “La pasión del apetito sensitivo –dice– influye en la voluntad desde el punto de vista del objeto, en cuanto el hombre, bajo la disposición pasional, juzga bueno y conveniente lo que, libre de aquella pasión, no estimaría así. Esta inmutación pasional en el hombre ocurre de dos maneras. La primera, cuando la razón queda totalmente impedida, perdiendo el hombre el uso de la razón, como acontece en quienes, a causa de un

⁷ II-II, 138, 2.

⁸ Ética a Nicómaco, VII.

⁹ In Ethic., VII, 9, n. 1442-1443.

violento acceso de ira o sensualidad, se vuelven dementes o locos, de modo análogo a como puede ocurrir por otras perturbaciones orgánicas; y esto sucede así porque estas pasiones no se producen sin que haya alguna transmutación fisiológica. Sucede con éstos lo que con los animales irracionales, que son arrastrados necesariamente por la pasión: al no haber actuación de la razón tampoco la hay por parte de la voluntad. En segundo lugar, sucede a veces que la razón no es totalmente absorbida por la pasión, sino que conserva en parte el juicio libre de la misma, y en el mismo sentido queda también parcialmente la actuación de la voluntad...”¹⁰.

La pasión, por tanto, influye sobre la voluntad a través de la razón y sobre ésta por medio de la imaginación y de la cogitativa. Una determinada pasión, si es muy vehemente, fija de alguna manera la imaginación en un objeto y esto predispone para el juicio racional favorable a la pasión¹¹. Ese juicio será lo que llamamos “juicio propio”.

Esto es más fuerte todavía cuando la pasión se ha arraigado –por la repetición de actos pasionales– a modo de hábito pasional. En este caso es capaz de ejercer un predominio absorbente sobre la razón y se caracterizará por:

1º Cautivar toda la atención de la conciencia: un estado pasional tiende a **monopolizar** todo el campo de la conciencia. Atrae hacia su objeto la atención con obsesión creciente. El que ama pasionalmente está constantemente preocupado por lo que ama.

2º Aplica a su **justificación** la actividad del espíritu: absorbiendo la atención, utiliza también la razón a favor suyo para justificar su afición hacia el objeto pasional.

¹⁰ I-II, 10, 3.

¹¹ Escribe Santo Tomás: “El juicio y la aprehensión de la razón es impedido por una vehemente y desordenada aprehensión de la imaginación y por el juicio de la virtud estimativa, como se pone de manifiesto en los dementes. Ahora bien, es manifiesto que a la pasión del apetito sensitivo sigue la aprehensión de la imaginación y el juicio de la estimativa, del mismo modo que de la disposición de la lengua se sigue el juicio sobre el gusto. Por lo cual vemos que los hombres dominados por una pasión no pueden desviarse fácilmente de la imaginación sobre las cosas a las que están aficionados. Consecuentemente el juicio de la razón generalmente sigue a la pasión del apetito sensitivo; y por consiguiente también lo hace el movimiento de la voluntad, a la que es natural seguir al juicio de la razón” (I-II, 77, 1).

Y esto vale tanto para las pasiones sensibles como para las que se arraigan en el apetito racional (que San Juan de la Cruz denomina “vicios espirituales”).

Esto es lo que dice San Juan de la Cruz al recordarnos que el juicio propio tiene su raíz en el apetito que se vuelca sobre sí mismo o sobre alguna cosa creada, de tal modo que tiñe sus juicios, y luego la soberbia hace que el entendimiento se aferre empecinadamente a ellos. Dice San Juan de la Cruz que también el espiritual debe purificar su entendimiento: “Así como, poniendo sobre el ojo una cosa, por pequeña que sea, basta para tapar la vista que no vea otras cosas que están delante, por grandes que sean, así un leve apetito y ocioso acto que tenga el alma, basta para impedirla todas estas grandezas divinas, que están después de los gustos y apetitos que el alma quiere. ¡Oh, quién pudiera decir aquí cuán imposible le es al alma que tiene apetitos juzgar de las cosas de Dios como ellas son! Porque, para acertar a juzgar las cosas de Dios, totalmente se ha de echar el apetito y gusto fuera, y no las ha de juzgar con él; porque infaliblemente vendrá a tener las cosas de Dios por no de Dios, y las no de Dios por de Dios. Porque, estando aquella catarata y nube sobre el ojo del juicio, no ve sino catarata, unas veces de un color y otras de otro, como ellas se le ponen; y piensa que la catarata es Dios, porque, como digo, no ve más que catarata que está sobre el sentido, y Dios no cae en el sentido. Y de esta manera el apetito y gustos sensitivos impiden el conocimiento de las cosas altas. Lo cual da bien a entender el Sabio (Sab 4,12) por estas palabras, diciendo: *El engaño de la vanidad oscurece los bienes, y la inconstancia de la concupiscencia trastorna el sentido sin malicia*, es a saber, el buen juicio”¹².

Juicio propio y soberbia

Este pecado procede, en fin, de la soberbia y, por tanto, se opone a la humildad. De hecho los vicios intelectuales son formas de soberbia. San Bernardo, en su *Tratado sobre los grados de la humildad y la soberbia*¹³, coloca, por este motivo, a la *curiosidad* en el primer grado de soberbia; el *juicio de menosprecio del prójimo* como el segundo; el *juicio laudatorio sobre sí mismo*, o sea, la *jactancia*, en el cuarto; la

¹² San Juan de la Cruz, *Llama*, 3, 72-73.

¹³ Cf. PL 182, 941-972; en: *Obras Completas de San Bernardo*, BAC, Madrid 1955, t. II, pp. 882 ss.

singularidad, como el quinto; la *arrogancia* como el sexto, y la *presunción* como el séptimo, todos los cuales son grados de autoestima y de *juzgarse muy superior a todos los demás*. Y sigue el octavo grado que es *la defensa de los propios pecados*, donde nos encontramos con una de las manifestaciones típicas del juicio propio: el aplicar la inteligencia a justificar o defender sus propios hechos. Si, a pesar de todo, las faltas son descubiertas, el juicio propio y soberbio conduce al grado noveno que es *la confesión fingida*, propia de quienes, como dice el Eclesiástico en la versión de la Vulgata (19,23), *se humillan con malicia*, y así esconden su pertinacia bajo capa de falsa humildad.

Sólo he mencionado, evidentemente, aquellos grados de soberbia en que se pone más de manifiesto la perversión del juicio y de la inteligencia.

Hay que añadir que, en el religioso, incluso, comporta un retroceso en la entrega hecha a Dios, como señala San Ignacio: "...a todo verdadero religioso conviene... no retener cosa alguna para sí, como la retienen los que todavía guardan sus propias voluntades, y quieren seguir sus propios juicios, tornando a tomar en esto la principal parte de lo que habían ya entregado a Dios Nuestro Señor por manos de sus superiores"¹⁴.

2. Necesidad de combatir el juicio propio

San Ignacio habla del "camino incierto y peligroso del propio juicio"¹⁵.

San Juan de Ávila exigía mucho empeño en purificar el apego al juicio propio en cualquier variante que se presentase; así escribía en su Regla de espíritu: "Esfuércense mucho en Cristo... a negarse a sí mismos, no sólo en la sensualidad, mas en voluntad, y **principalmente** el entendimiento; porque éste es el derramasolaces (= *aguafiestas*), enemigo de la paz, juez de sus mayores, padre de las disensión, enemigo de la obediencia, ídolo puesto en el lugar santo de Dios. Otra y otra vez les

¹⁴ San Ignacio, Carta a Enrique de la Cueva, *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid 1977, p. 918 (cito siempre por esta edición).

¹⁵ San Ignacio, Carta al P. Andrés Iseren, p. 788.

encomiendo que lo derriben, y reine Dios por fe en él, muy confiados que lo que sus mayores les mandan es la voluntad del Señor”¹⁶.

El mismo santo insistía en que, con nuestro propio saber, por más que seamos otro Aristóteles, no alcanzaremos a conocer la sabiduría y espíritu de Dios mientras no neguemos nuestro saber y razón y nos tengamos por ignorantes en todo¹⁷. En otro lugar: “las experiencias que hemos visto, todas a una boca nos encomiendan que no nos arriremos a nuestra prudencia, mas que inclinemos nuestra oreja al ajeno consejo”¹⁸.

En este campo es mucho lo que se juega “porque aunque sea peligrosa la soberbia e inobediencia de la voluntad, que es no querer obedecer a la voluntad ajena, muy más peligrosa es la soberbia del entendimiento, que es, creyendo a su parecer, no sujetarse al ajeno. Porque el soberbio en la voluntad alguna vez obedecerá, pues tiene por mejor el ajeno parecer; mas quien tiene sentado en sí que su parecer es el mejor, ¿quién le curará? ¿Y cómo obedecerá a lo que no tiene por tan bueno?”¹⁹.

Por esto el libro de los Proverbios manda poner la confianza no en la propia inteligencia sino en la instrucción divina: *Confía en Yahveh de todo corazón y no te apoyes en tu propia inteligencia... No seas sabio a tus propios ojos, teme a Yahveh y apártate del mal* (Prov 3,5-7).

Quienes más necesidad tienen de combatir el juicio propio, o al menos de estar más atentos, son lo que se dedican a trabajos intelectuales: “ésta es, dice San Juan de Ávila, una de las grandes guerras y más dificultosas de vencer que tienen los que han estudiado y están vezados a razonar y disputar”²⁰. Y especialmente cuando el propio juicio quiere poner tropiezos a la fe. Como escribe el mismo Santo a una mujer con dudas de fe: “Señora, no cure de su propio juicio, sino viva en fe; no escudriñe sino a ojos cerrados fíese de Dios... Conviene al hombre tornarse ciego y más que ciego por seguir a Dios; tornarse necio por

¹⁶ San Juan de Ávila, *Regla de espíritu*, Obras completas (en adelante: OC), I, p. 1056; uso la edición en dos tomos.

¹⁷ Cf. San Juan de Ávila, *Sermón 78*, OC, II, p. 1215; *Carta 12*, OC, I, p. 346.

¹⁸ San Juan de Ávila, *Audi, filia*, c. 54 (esta obra la cito sólo por capítulo, pues hay numerosas ediciones).

¹⁹ San Juan de Ávila, *Audi, filia*, c. 54.

²⁰ San Juan de Ávila, *Sermón 78*, OC, II, 1215, 242-258.

seguir al que todo lo sabe. Y la sabiduría de los santos consiste en negar su parecer y su voluntad y seguir a ojos cerrados la de Nuestro Señor”²¹.

3. Consecuencias de seguir el juicio propio

1) Consecuencias más generales y menos graves

En varios lugares describe San Ignacio algunas de las consecuencias más generales que conlleva el juicio propio: la obediencia deja de ser como corresponde, se pierde la perseverancia en el obedecer, pierde el amor y la alegría, la prontitud y la presteza, la simplicidad, la humildad, la fortaleza en las cosas difíciles, engendra descontento, pena, tardanza, flojedad, murmuraciones, excusas, etc. He aquí el texto: “Si no hay obediencia de juicio, es imposible que la obediencia de voluntad y ejecución sea cual conviene. Porque las fuerzas apetitivas en nuestra ánima siguen naturalmente las aprensivas; y así será cosa violenta obedecer con la voluntad, a la larga, contra el propio juicio; y cuando obedeciese alguno algún tiempo, por aquella aprensión general, que es menester obedecer aun en lo no bien mandado, a lo menos no es cosa para durar, y así se pierde la perseverancia; y si ésta no, a lo menos la perfección de la obediencia, que está en obedecer con amor y alegría; que, quien va contra lo que siente, no puede durante tal repugnancia obedecer amorosa y alegremente. Piérdese la prontitud y presteza, que no la habrá tal, donde no hay juicio lleno, antes duda si es bien, o no, hacer lo que se manda. Piérdese la simplicidad, tanto alabada, de la obediencia ciega, disputando si se le manda bien o mal, y por ventura condenando al Superior, porque le manda lo que a él no le va a gusto. Piérdese la humildad, prefiriéndose por una parte, aunque se sujeta por otra, al Superior. Piérdese la fortaleza en cosas difíciles; y por abreviar, todas las perfecciones de esta virtud. Y por el contrario, hay en el obedecer, si el juicio no se sujeta, descontento, pena, tardanza, flojedad, murmuraciones, excusas, y otras imperfecciones e inconvenientes grandes, que quitan su valor y mérito a la obediencia”²².

Muchas veces **esclaviza**, como sucede con los **escrúpulos**, puesto que “llaman vulgarmente escrúpulo, el que procede de nuestro pro-

²¹ San Juan de Ávila, Carta 102, OC, I, 680, 99-110.

²² San Ignacio, Carta a los Jesuitas de Portugal, 3, p. 856.

prio juicio y libertad”²³. Por eso escribe San Ignacio al Padre Valentín Marín: “créame que, si tuviere verdadera humildad y sumisión, que no le darán tanto trabajo los escrúpulos; que el fomento de ellos es alguna soberbia, y dar más crédito al juicio propio, y menos al de otros, que sería menester”²⁴.

A más de esto, el juicio propio produce **engaño**, como el mismo San Ignacio le escribe al padre Antonio Soldevila, que era muy de criterios propios: “Razón sería que quien se ha hallado tantas veces engañado de su propio juicio, viniese a creer y practicar aquel dicho del sabio Salomón: *No estibes en tu propia inteligencia* (Prov 3,5)”²⁵.

Y además de todo esto, el dejarse llevar por el juicio propio nos hace precipitarnos en el pecado, como dice San Juan de Ávila: “¡Cuántas veces os ha acaecido, por asomaros a una ventana, caer en un pecado, porque os asomastes por seguir vuestro parecer; cuántas otras en otros pecados por regiros por vuestra cabeza; cuántas veces habéis llorado por daros Dios lo que tanto deseábades, y os parecía a vos que os cumplía, y que os estaba bien, y que con ello teníades descanso!”²⁶. Y en una carta: “Si no conoces el bien que es el no regirte por tu parecer y que no se haga lo que tú quieres, castigarte ha Dios con darte lo que a ti te parezca que te está bien, y pensarás que es misericordia, y será castigo”²⁷.

2) Consecuencias más particulares y más graves

Señalo tres clases de consecuencias que son, ciertamente, más graves que las anteriores.

a) La ceguera del entendimiento

La primera consecuencia gravísima del juicio propio es el hacernos caer en la ceguera del espíritu. Jesucristo caracterizó como ceguera el pecado de los fariseos: *Son ciegos que guían a ciegos* (Mt 15,14). Y en la reprensión contra los fariseos repite esta acusación una y otra vez: *Ay de vosotros, guías ciegos... ¡Insensatos y ciegos!... ¡Ciegos!... ¡Guías*

²³ San Ignacio, EE, n. 346.

²⁴ San Ignacio, Carta al P. Valentín Marín, p. 1005.

²⁵ San Ignacio, Carta al P. Antonio Soldevila, p. 995.

²⁶ San Juan de Ávila, Sermón 78, OC, II, 1217, 352-358.

²⁷ San Juan de Ávila, Carta 135, OC, I, 740, 34-41.

ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!... ¡Fariseo ciego!... (Mt 23,16.17.24.26)

Se trata, sin embargo, de una “ceguera voluntaria”. Por eso les dice al mismo tiempo: *Algunos fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron: «¿Es que también nosotros somos ciegos?». Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís: “Vemos” vuestro pecado permanece» (Jn 9,40-41).*

La ceguera de los enemigos de Cristo es un caso extremo de “juicio propio”. Lo vemos claro en varios episodios. Por ejemplo cuando Cristo expulsa el endemoniado ciego y mudo. El milagro obrado sobre los espíritus inmundos es indubitable signo divino; por eso *la gente atónita decía: ¿No será éste el Hijo de David?* (Mt 12,23). Y sin embargo, los fariseos (¡maestros y teólogos!) atribuyen la acción al poder diabólico (Mt 12,24: *Este no expulsa los demonios más que por Beelzebul, Príncipe de los demonios*). Cristo tiene todavía la paciencia de mostrarles la incoherencia de sus razonamientos; y ni así se dice que hayan creído. Por eso califica ese pecado como “pecado contra el Espíritu Santo” (cf. Mt 12,32).

Elocuente sin igual es el relato de la curación del ciego de nacimiento. El Señor lo cura en sábado, y por eso los fariseos interrogan al ex ciego para saber quién obró así y para “convencerlo” de que Jesús es un pecador. En su cortedad, el cieguito les responde con la evidencia de los hechos: *Si es un pecador, no lo sé. Sólo sé una cosa: que era ciego y ahora veo* (Jn 9,25). ¡Un pecador no puede hacer milagros en nombre de Dios! Pero como ellos porfían, nuevamente les enuncia el razonamiento correcto: *Eso es lo extraño: que vosotros no sepáis de dónde es y que me haya abierto a mí los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas, si uno es religioso y cumple su voluntad, a ése le escucha. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada* (Jn 9,30-33). La reacción fue el aferrarse pertinazmente a su mentira: *Ellos le respondieron: «Has nacido todo entero en pecado ¿y nos da lecciones a nosotros?» Y le echaron fuera* (Jn 9,34); es decir, lo excomulgaron de la sinagoga.

San Juan enseña que la ceguera es un castigo de Dios, que retira su luz a aquellos que no la quieren recibir: *Aunque había realizado tan grandes señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliera*

el oráculo pronunciado por el profeta Isaías: “ Señor, ¿quién dio crédito a nuestras palabras? Y el brazo del Señor, ¿a quién se le reveló?”. No podían creer, porque también había dicho Isaías: “Ha cegado sus ojos, ha endurecido su corazón; para que no vean con los ojos, ni comprendan con su corazón, ni se conviertan, ni yo los sane” (Jn 12,37-40).

La ceguera voluntaria es, pues, una privación de la luz de la gracia (de la cual luz viene que uno pueda reconocer sus yerros y sus torcidos caminos) de tal modo que no puede ya enderezarse (porque no ve lo torcido) y encuentra explicaciones humanamente equivocadas en lugar de explicar las cosas por sus causas sobrenaturales (para las cuales es un topo ciego).

“Hay pecadores, dice Garrigou-Lagrange, que, por sus pecados reiterados, ya no perciben la voluntad de Dios que tan claramente se manifiesta; dejan de comprender que los males que les acaecen son castigos de Dios, y así no se convierten. Buscan de explicar por solas las leyes naturales las calamidades... La ceguera espiritual hace que el pecador anteponga los bienes transitorios a los eternos, y les impide oír la voz de Dios...

La ceguera espiritual es un castigo de Dios que retira su luz por los muchos pecados reiterados; y es además un pecado por el cual nos volvemos de espaldas a la consideración de las divinas verdades, anteponiéndoles el conocimiento de aquello que satisface nuestra pasión y orgullo.

Se puede decir de este pecado lo que Santo Tomás dice de la locura espiritual, *stultitia*: que es lo más opuesto a la contemplación de la verdad. Impídenos ver la proximidad de la muerte y del juicio. Nos roba la inteligencia y nos pone en un estado de idiotez espiritual (*haebetudo mentis*), que equivale a la pérdida de toda inteligencia superior. Y deja así de comprenderse el supremo mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el valor de la sangre del Salvador derramada por nosotros, y el precio infinito de la misa que perpetúa sustancialmente el sacrificio de la Cruz en el altar.

Es un castigo, y lo echamos en olvido. Como dice San Agustín: ‘Si un ladrón, al robar, perdiera un ojo, todos dirían: castigo de Dios; y tú,

que has perdido el ojo del espíritu, no paras mientes en que Dios te ha castigado”²⁸.

b) El “espíritu de entender al revés”

La ceguera de la inteligencia, como castigo divino, toma a veces el modo de lo que San Juan de la Cruz llama “espíritu de entender al revés”. Castiga con esta ceguera especialmente a quienes se dejan llevar o buscan afanosamente toda clase de revelaciones, locuciones y apariciones sobrenaturales. Esto, que propiamente pertenece al pecado de “necedad”, supone el juicio propio, ya que es un gusto por buscar apoyos para la fe en revelaciones privadas, como si no bastase la Revelación contenida en las Sagradas Escrituras y la guía segura del Magisterio. Por meterse en este terreno, deja Dios que se engañen. Vale la pena recordar las palabras del Santo: “Del cual (del demonio) no se pueden librar si no es huyendo de todas revelaciones y visiones y locuciones sobrenaturales.

Por lo cual justamente se enoja Dios con quien las admite, porque ve es temeridad del tal meterse en tanto peligro, y presunción y curiosidad, y ramo de soberbia y raíz y fundamento de vanagloria, y desprecio de las cosas de Dios, y principio de muchos males en que vinieron muchos. Los cuales tanto vinieron a enojar a Dios, que de propósito los dejó errar y engañar, y oscurecer el espíritu, y dejar las vías ordenadas de la vida, dando lugar a sus vanidades y fantasías, según lo dice Isaías (19,14), diciendo: *Dominus miscuit in medio eius spiritum vertiginis*: que es tanto como decir: El Señor mezcló en medio espíritu de revuelta y confusión, que en buen romance quiere decir *espíritu de entender al revés*. Lo cual va allí diciendo Isaías llanamente a nuestro propósito, porque lo dice por aquellos que andaban a saber las cosas que habían de suceder por vía sobrenatural. Y, por eso, dice que les mezcló Dios en medio espíritu de entender al revés. No porque Dios les quisiese ni les diese efectivamente el espíritu de errar, sino porque ellos se quisieron meter en lo que naturalmente no podían alcanzar. Enojado de esto, los dejó desatinar, no dándoles luz en lo que Dios no quería que se entremetiesen. Y así, dice que les mezcló aquel espíritu Dios privativamente. Y de esta manera es Dios causa de aquel daño,

²⁸ Garrigou-Lagrange, *Las tres edades...*, I, pp. 413-414.

es a saber, causa privativa, que consiste en quitar él su luz y favor; tan quitado, que necesariamente vengan en error.

Y de esta manera da Dios licencia al demonio para que ciegue y engañe a muchos, mereciéndolo sus pecados y atrevimientos. Y puede y se sale con ello el demonio, creyéndole ellos y teniéndole por buen espíritu. Tanto, que, aunque sean muy persuadidos que no lo es, no hay remedio de desengañarse, por cuanto tienen ya por permisión de Dios, ingerido el *espíritu de entender al revés*; cual leemos (3Re 22,22) haber acaecido a los profetas del rey Acab, dejándoles Dios engañar con el espíritu de mentira, dando licencia al demonio para ello, diciendo: *Decipies, et praevaleris; egredere, et fac ita*; que quiere decir: Prevalerás con tu mentira y engañarlos has; sal y (hazlo) así. Y pudo tanto con los profetas y con el rey para engañarlos, que no quisieron creer al profeta Miqueas, que les profetizó la verdad muy al revés de lo que los otros habían profetizado. Y esto fue porque les dejó Dios cegar, por estar ellos con afecto de propiedad en lo que querían que les sucediese y respondiese Dios según sus apetitos y deseos; lo cual era medio y disposición certísima para dejarlos Dios de propósito cegar y engañar.

Porque así lo profetizó Ezequiel (14,7-9) en nombre de Dios; el cual, hablando contra el que se pone a querer saber por vía de Dios curiosamente, según la variedad de su espíritu, dice: *Cuando el tal hombre viniere al profeta para preguntarme a mí por él, yo, el Señor, le responderé por mí mismo, y pondré mi rostro enojado sobre aquel hombre; y el profeta cuando hubiere errado en lo que fue preguntado, ego, Dominus, decepi prophetam illum*, esto es: Yo, el Señor, engañé aquel profeta. Lo cual se ha de entender, no concurriendo con su favor para que deje de ser engañado; porque eso quiere decir cuando dice: *Yo, el Señor, le responderé por mí mismo, enojado*; lo cual es apartar él su gracia y favor de aquel hombre. De donde necesariamente se sigue el ser engañado por causa del desamparo de Dios. Y entonces acude el demonio a responder según el gusto y apetito de aquel hombre, el cual, como gusta de ello, y las respuestas y comunicaciones son de su voluntad, mucho se deja engañar”²⁹.

²⁹ San Juan de la Cruz, *Subida*, 3, 21, 11-13.

c) Los pecados contra la fe

El juicio propio puede, en el caso más extremo pero no infrecuente, conducir también a la duda de fe, a la herejía, a la incredulidad o al cisma, puesto que estos son pecados que tienen origen en la preferencia del juicio personal sobre el objeto de la fe por encima del juicio de la Iglesia en donde reside la garantía de la Autoridad Divina. La incredulidad es el menosprecio de la verdad revelada o el rechazo voluntario de prestarle asentimiento. La herejía es la negación pertinaz, después de recibido el bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma; apostasía es el rechazo total de la fe cristiana; cisma, el rechazo de la sujeción al Sumo Pontífice o de la comunión con los miembros de la Iglesia a él sometidos. En todos estos casos se ha preferido el juicio propio sobre la verdad revelada antes que el juicio de la Iglesia; por tanto, se ha puesto al propio juicio como supremo criterio de la fe.

Ejemplo notable tenemos de esto en la historia de Israel. La pervisión de la inteligencia es un pecado en el que constantemente cayó el pueblo elegido, apartándose de Dios (apostasía) y volviéndose a los ídolos paganos (idolatría, superstición y sacrificios humanos). Ni la predicación de los profetas, ni los más duros castigos temporales hicieron “entender” a este pueblo la naturaleza de su pecado.

He aquí algunos textos más que elocuentes:

- *Hasta la fecha he insistido en advertírselo: ¡Oíd mi voz! Mas no oyeron ni aplicaron el oído, sino que cada cual procedió según la terquedad de su corazón malo (Jer 11,7-8).*
- *Ese pueblo malo que rehúsa oír mis palabras, que camina según la terquedad de su corazón y ha ido en pos de otros dioses a servirles y adorarles, será como esta faja que no vale para nada (Jer 13,9-10).*
- *“Volveos cada cual de su mal camino y mejorad vuestra conducta y acciones”. Pero van a decir: “Es inútil; porque iremos en pos de nuestros pensamientos y cada uno de nosotros hará conforme a la terquedad de su mal corazón”... Mi pueblo me ha olvidado. A la Nada inciensan (Jer 18,11-15).*
- *Es un pueblo terco, criaturas hipócritas, hijos que no aceptan escuchar la instrucción de Yahveh; que han dicho a los videntes: «No veáis»; y a los visionarios: «No veáis para nosotros visiones verdaderas; habladnos*

cosas halagüeñas, contemplad ilusiones. Apartaos del camino, desviaos de la ruta, dejadnos en paz del Santo de Israel» (Is 30,9-11)

• *Mas ellos no escucharon ni prestaron el oído, sino que procedieron en sus consejos según la pertinacia de su mal corazón, y se pusieron de espaldas, que no de cara; desde la fecha en que salieron vuestros padres del país de Egipto hasta el día de hoy, os envié a todos mis siervos, los profetas, cada día puntualmente. Pero no me escucharon ni aplicaron el oído, sino que atiesando la cerviz hicieron peor que sus padres. Les dirás, pues, todas estas palabras, mas no te escucharán. Les llamarás y no te responderán. Entonces les dirás: Esta es la nación que no ha escuchado la voz de Yahveh su Dios, ni ha querido aprender. Ha perecido la lealtad, ha desaparecido de su boca (Jer 7,24-28).*

4. Remedios

Extremis malis, extrema remedia, dice el dicho (a grandes males, grandes remedios). O en boca de Hamlet:

*Diseases, desperate grown
By desperate appliance are relieved,
Or not at all*³⁰.

Mirando, pues, las características que hemos señalado para este mal, encontraremos, *per oppositum*, los remedios para curarlo.

1) Humildad

Por tener raíz en la soberbia, ha de sanarse con extrema humildad. Siendo que el juicio propio proviene del alto concepto que tenemos de nuestros juicios y puntos de vista, no hay mejor remedio que la humildad. “Humildad en el parecer” es saber dudar de sí mismo en aquello que no tiene más fundamento que nuestra opinión. Humildad es reconocerse necesitado de consejo y buscarlo con sinceridad. Humildad es dejarse corregir, aceptar con llaneza las correcciones y ponerlas en práctica con prontitud. Humildad es aceptar por principio que nuestros puntos de vista son miopes (especialmente en lo que toca a los juicios sobre nosotros mismos) y ser conscientes que “cuatro ojos ven mejor

³⁰ Shakespeare, *Hamlet*, IV, 3. “Las enfermedades, crecidas hasta la desesperación/ o se curan por medios desesperados/ o no se curan de modo alguno”.

que dos”. Como dice el Sirácida: *No dedeñes lo que narran los sabios, vuelve a menudo a sus proverbios, que de ellos aprenderás doctrina y el modo de servir a los grandes. No desprecies lo que cuentan los viejos, que ellos también han aprendido de sus padres* (Si 8,8-9). Y el libro de los Proverbios: *El sabio escucha los consejos* (12,15).

2) Docilidad

Al ser un modo de terquedad se cura con docilidad. Docilidad al Espíritu Santo, a la Palabra revelada, al Magisterio de la Iglesia, a los superiores, al director espiritual. Es magistral San Juan de Ávila al decir: “¡Maldito sea este parecer propio, que tanto trabajo da a quien lo tiene y tanto desacato es contra Dios!... Tened cuidado, no de regiros, mas de contentaros como Dios os rigiere. Vuestra voluntad es tuerta, y vuestro parecer, ciego: no queráis tales guiadores. Guéaos aquella voluntad sumamente buena y que no puede querer sino lo bueno. Ríjaos aquel saber que ni engaña ni es engañado. Echad vuestro cuidado en Aquel que tan bien cuida y vela sobre los que a Él se encomiendan. Arrimaos a Aquel que os miró antes que vosotras naciédeses”³¹.

La más notable actitud de docilidad es la Regla que San Ignacio señala como principio fundamental para unificar nuestros juicios con los de la Iglesia: “Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina, creyendo que entre Cristo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa madre Iglesia”³². No se trata aquí de negar lo que es evidente, sino, por contrario, de no absolutizar nuestras percepciones. Por eso San Ignacio no dice –y esto hay que resaltarlo– que debamos creer que lo blanco es negro sino “lo blanco que yo veo”; en la versión Vulgata dice “quod oculis nostris apparet album”: lo que a nuestros ojos parece blanco. Esta regla nos manda desconfiar de nuestras miras, siempre falibles y marcadas por la herida de la ignorancia original. Nos manda, pues, recelar de nuestras percepciones y juicios tarados muchas veces por innumerables prejuicios.

³¹ San Juan de Ávila, Carta 56, OC, I, 531, 136-158.

³² Es la regla 13ª de las Reglas para sentir con la Iglesia: EE, n. 365.

3) Desapego

Al tener raíz en algún afecto desordenado, como hemos dicho, se hace necesario el desapego, es decir, el trabajo particular sobre las pasiones que dominan nuestros juicios condicionándolos. Sólo quien es señor de sus pasiones será también imparcial señor de sus juicios.

4) Obediencia

Por ser rebeldía (especialmente en los religiosos) es necesario, como dice San Ignacio, “cautivarlo debajo de obediencia”. Manda, por eso, San Ignacio “vencer y cautivar el juicio debajo de la santa obediencia” siempre que la jurisdicción de la voluntad pueda extenderse sobre el entendimiento, “como es donde no hay evidencia que le fuerce”³³.

Pide a sus religiosos que aventajen a los demás institutos religiosos en “abnegación de nuestros juicios”³⁴. Y señala como el grado más perfecto de obediencia el de la sujeción del juicio (el primero es la obediencia en la ejecución, el segundo la obediencia de la voluntad, el tercero éste). Se trata esta obediencia, de la oblación que hace la voluntad del mismo juicio racional en aquellas cosas “en que no le fuerza la evidencia de la verdad conocida”; es allí que “puede con la voluntad inclinarse más a una parte que a otra; y en las tales todo obediente verdadero debe inclinarse a sentir lo que su Superior siente”³⁵. Fijémonos que San Ignacio no manda sujetar el juicio en aquello que es evidente y claro para la inteligencia; en esto, si el superior manda en contrario (y no es pecado), basta con la obediencia de ejecución y voluntad. Pero en lo que es opinable y no es evidente, debe aceptar como bueno y mejor el parecer de quien está por encima nuestro. Y explica esto incluso en las cosas humanas: “aun en las cosas humanas, comúnmente lo sienten los sabios, que es prudencia verdadera no fiarse de su propia prudencia, y en especial en las cosas propias, donde no son los hombres comúnmente buenos jueces por la pasión”³⁶.

Esto vale sobre todo en cuestiones espirituales: “Y es cierto que en cosas y personas espirituales es aún más necesario este consejo, por ser grande el peligro de la vía espiritual cuando sin freno de discreción se

³³ San Ignacio, Carta al P. Urbano Fernandes, p. 810

³⁴ San Ignacio, Carta a los Jesuitas de Portugal, 1, p. 852.

³⁵ San Ignacio, Carta a los Jesuitas de Portugal, 3, p. 854.

³⁶ San Ignacio, Carta a los Jesuitas de Portugal, 3, p. 855.

corre por ella. Por lo cual dice Casiano en la colación del abad Moisés: «Con ningún otro vicio trae tanto el demonio al monje a despeñarle en su perdición, como cuando le persuade que, despreciados los consejos de los más ancianos, se fíe en su juicio, resolución y ciencia»³⁷.

5) Negación de sí mismo

Por ser una autoafirmación, no hay más que negarse a sí mismo. Es decir, saber dudar de sí (en las cosas que hay que dudar; pues algunos dudan de lo que ha de ser firme y cierto). Y saber negar el propio parecer en lo poco (en las cosas y opiniones pequeñas). Así como el que se deja llevar por el juicio propio en las cosas pequeñas, cada vez se deja llevar más por el juicio propio en las cosas más grandes, así también el que niega su propio punto de vista en cosas pequeñas se deja iluminar por Dios en cosas cada vez más grandes. Dice San Juan de Ávila: «Quien está acostumbrado a creerse, y estima su entendimiento por sabio, queriendo salir con su parecer en las cosas pocas [= *de poca importancia*], se hallará nuevo y dificultoso en negar su parecer en las cosas mayores. Y, por el contrario, el ejercitado en cosas pequeñas a llamar a su entendimiento de necio y a fiar poco de él, hallarse ha facilitado para sujetarse, o al parecer de Dios o de sus mayores, o para no juzgar fácilmente a su prójimo»³⁸.

6) Espíritu de fe

Finalmente, porque el juicio propio nos conduce a tener juicios contrapuestos a los divinos (e incluso puede hacer precipitar en pecados contra la fe) debemos ejercitar el espíritu de fe. El espíritu de fe, es el modo de juzgar que procede de los principios de la fe. Nos hace ver de un modo totalmente distinto, e incluso diametralmente opuesto, al de los mundanos, paganos, fariseos y necios: el misterio del dolor, de la muerte, de la eternidad, la obra de la Providencia, el misterio de la Historia, las obras de los hombres, las maquinaciones de los impíos, la persecución de los justos y la obediencia a quienes estamos sujetos.

Este espíritu de fe juzga todo a la luz de tres criterios:

³⁷ San Ignacio, Carta a los Jesuitas de Portugal, 3, p. 855.

³⁸ San Juan de Ávila, Audi filia, c. 55.

1º El primero es la dependencia de Dios. Mientras el impío dice en su corazón “no hay Dios”, el hombre de fe repite las palabras del Señor: *Ni siquiera un cabello de vuestras cabezas caerá sin el permiso de Dios* (Lc 21,18).

2º El segundo criterio es el de la providencia amorosa de Dios, que nos enseña que todas las cosas, incluso el dolor, la persecución y el mal, ocurren para el bien de los elegidos: *Nosotros sabemos que todo concurre para el bien de los que Dios ama* (Rom 8,28).

3º El tercer criterio es el de la centralidad de Dios y de Cristo, que nos enseña que *el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro: todo es vuestro. Pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios* (1 Cor 3,21-22). Lo único importante es Cristo. Por eso ante él hay que decir como el Bautista: *es preciso que Él crezca y que yo disminuya* (Jn 3,30).

El espíritu de fe engendra sumisión a los superiores, docilidad al consejo ajeno, plena conformidad con la voluntad divina en las tribulaciones de la vida.

5. Conclusión

El fruto de no seguir nuestro parecer, nuestro propio juicio, sino el de Dios (a través de los superiores, directores espirituales, etc.) es la paz del alma. Nadie repite esta idea tanto como el gran San Juan de Ávila; por ejemplo:

–“Así es que, si nosotros quitásemos de nuestra alma el *mofador* (cf. Prov 22,10), tendríamos paz; si dejásemos nuestro propio parecer y siguiésemos el de Dios y le dejásemos a Él hacer, en nuestra casa habría paz. Echa fuera tu propio sentido y quedarás en paz... No has de tener parecer para lo que Dios quisiere de ti. Y por eso tienes guerra, porque quieres tener un sí y un no en la boca... –¡Haz esto! –No quiero. –¡No hagas esto! –Sí quiero. –Pues el que se pusiere en el querer de Dios, sin querer sí ni no, echa fuera el escarnidor [= *el burlador; el diablo*]”³⁹.

–“¿De dónde nacen las congojas que tenéis, esos descontentos, ese nunca hallaros bien, ese nunca contentaros de cosa que os sucede, que parece que ninguna cosa se os hace bien? De vuestro parecer... Corta

³⁹ San Juan de Ávila, Sermón 19, OC, II, 299, 31-44.

ese parecer, que no sabe si fuera bueno que se hiciera eso que tú ahora querrías... Cata que no sabes cuál es lo mejor para ti. Pon la segur a la raíz de ese árbol, y córtalo; corta ese parecer y descansarás, luego tendrás sosiego; ninguna cosa sucederá, por contraria que sea a lo que tú quisieres, que te dé pena; quita esa raíz, tendrás alegría, tendrás paz”⁴⁰.

–“¿En qué está el vivir en paz? –En creer que Dios tiene cuidado de lo que os cumple; en regiros por su parecer; en creer que aquello es lo mejor, aunque a vuestro juicio no lo parezca así. Quitá, quita, pues ese parecer; desarrímate de lo que tú sabes, de lo que tú quieres, de lo que a ti te parece que te cumple. Arrímate al saber de Dios. Rígete por sólo el parecer de Dios. Niégate a ti mismo y sigue a Cristo. ¡Triste de ti, que cuando se hace el parecer de Dios te pesa, y cuando se hace lo que tú quieres te place! Cuando piensas que se ha de hacer la voluntad de Dios, temes; y cuando lo que la tuya quiere, te alegras. Al revés había de ser. ¿No estás mejor confiado de Dios que de ti?... Nunca llegarás a Cristo si no quitas ese tu parecer”⁴¹.

Para terminar vale la pena meditar despacio este otro texto del gran santo andaluz: “Tomando, pues, escarmiento de estas cosas, os amonesto que, así como habéis de ser enemiga de vuestra voluntad, así mucho más lo seáis de vuestro parecer, y de querer salir con la vuestra, pues que veis el mal paradero que tiene el parecer propio... y aunque sea en cosas livianas, no lo sigáis; porque a duras penas hallaréis cosa que tanto turbe el sosiego que Cristo quiere en vuestra ánima para comunicarse con ella, como el porfiar y querer salir con la vuestra. Y más vale que no se haga lo que vos deseábades, que perder cosa que tanto habéis menester para gozar de Dios en sosiego”⁴².

⁴⁰ San Juan de Ávila, Sermón 78, OC, II, 1215, 258-282.

⁴¹ San Juan de Ávila, Carta 41, OC, I, 482, 123-135.

⁴² San Juan de Ávila, Audi filia, 55.

ÍNDICE

1. Caracterización	4
Algunos ejemplos... ..	5
El juicio propio y la pertinacia	6
El juicio propio y su raíz pasional	6
Juicio propio y soberbia	8
2. Necesidad de combatir el juicio propio	9
3. Consecuencias de seguir el juicio propio	11
1) Consecuencias más generales y menos graves	11
2) Consecuencias más particulares y más graves	12
a) <i>La ceguera del entendimiento</i>	13
b) <i>El “espíritu de entender al revés”</i>	15
c) <i>Los pecados contra la fe</i>	17
4. Remedios	18
1) Humildad	18
2) Docilidad	19
3) Desapego	20
4) Obediencia	20
5) Negación de sí mismo	21
6) Espíritu de fe	21
5. Conclusión	22

COLECCIÓN VIRTUS

- /1 EL EXAMEN PARTICULAR DE CONCIENCIA¹
INSTRUMENTO PARA EL TRABAJO ESPIRITUAL Y PARA
LA CORRECCIÓN DE LOS DESÓRDENES AFECTIVOS
- /2 CEGÓ SUS OJOS (JN 12,40)
EL JUICIO PROPIO
- /3 DUC IN ALTUM!
ESENCIA Y EDUCACIÓN DE LA MAGNANIMIDAD
- /4 DE LOBOS A CORDEROS
EDUCACIÓN Y GRACIA
- /5 LAS IDEAS “SUBTERRANEAS” Y LA EDUCACIÓN
PAUTAS PARA PADRES Y EDUCADORES
- /6 LA MADUREZ AFECTIVA Y SEXUAL DE
JESÚS DE NAZARET
- /7 CRISIS DE PATERNIDAD
EL PADRE AUSENTE
- /8 NUESTROS MIEDOS
- /9 EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO
- /10 EL CAMINO DEL PERDÓN

/11 LAS ADICCIONES

UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA

/12 NATURALEZA Y EDUCACIÓN DE LA HUMILDAD

(TRES ENSAYOS SOBRE LA HUMILDAD)

/13 LA MADUREZ DE JESUCRISTO

EL HOMBRE A LA LUZ DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA

/14 MEDITACIONES SOBRE DIOS PADRE

/15 LA SUPERFICIALIDAD

¹ Reemplaza al original número 1 ("Miró la pequeñez de su esclava. Para una educación de la humildad") que ha pasado a formar parte del estudio más amplio "Naturaleza y educación de la humildad" (Virtus número 12).

**Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Ediciones del Verbo Encarnado**

**20 de noviembre de 2011
Solemnidad de Cristo Rey**

**EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO
El Chañaral 2699 - CC 376 - (5600)
San Rafael - Mendoza - Argentina
Tel: (02627) 430451 www.edicionesive.com.ar
ediciones@iveargentina.org**

